

PENTECOSTÉS

Lectura del santo Evangelio según San Juan

Al anochecer de aquel día, el día primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. En esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: - Paz a vosotros.

Y diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: - Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo. Y dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: - Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos.

Palabra del Señor

Homilías

(A)

Pentecostés es la fiesta de la alegría de ser cristianos, el día del fuego, el domingo en el que nos sentimos los creyentes orgullosos de tener el Dios que tenemos, porque ese Dios nos calienta el corazón y el alma.

Yo quisiera transmitirles a ustedes algo de ese fuego, algo de ese gozo. Algo de lo que sintieron los apóstoles cuando el Espíritu Santo descendió sobre sus cabezas y ellos salieron entusiasmados a anunciar la alegría de creer.

Hay una frase de un escritor no creyente –Jean Rostand- que me persigue desde hace años. Decía en uno de sus escritos: “Con frecuencia me pregunto si los que creen en Dios le buscan tan apasionadamente como nosotros, que no creemos, pensamos en su ausencia”.

La frase es terrible, porque es verdaderísima. Efectivamente, yo he conocido muchos ateos que buscan a Dios con angustia, con pasión, que le necesitan y arden porque no consiguen encontrarle. Y uno tiene que preguntarse por qué muchos creyentes –que tenemos la suerte de creer en Él- no parecemos vivir tan apasionadamente nuestra fe, no sentimos el gozo y el entusiasmo de creer, por qué hemos logrado compaginar la fe con el aburrimiento y con la siesta, en una especie de extrañísima “anemia espiritual”.

Y la fe es un terremoto, no una siesta. Un fuego, no una rutina. Una pasión, no un puro asentimiento. ¿Cómo se puede creer de veras -¡de veras!- que Dios nos ama y no ser feliz? ¿Cómo se puede pensar en Cristo sin que el corazón nos estalle?

Con frecuencia uno escucha sermones y se asombra de que sean aburridos. Y lo malo no es que sean malos, es que uno piensa que cuando alguien te aburre es porque no siente mucho lo que está diciendo.

Y uno observa las caras de la gente en misa y no puede menos de preguntarse: ¿Todas estas personas creen de veras que Cristo se está haciendo presente en medio de ellas?

¡Qué difícil es encontrarse creyentes de fe rebosante! ¡Creyentes a quienes les brillen de gozo los ojos cuando hablan de Cristo! ¿Cómo es que alguien que ama a Dios pueda hablar de Él sin temblores, sin que la alegría le salga por la boca a borbotones?

Pentecostés, amigos míos, es la fiesta del fuego: Los discípulos de Jesús estaban aquel día tan tristes y aburridos como nosotros estamos. Creían, sí, pero creían entre vacilaciones. Les faltaba el coraje para anunciar su nombre.

Y entonces descendió sobre ellos el Espíritu Santo en forma de fuego. Y ardieron. Y salieron todos a predicar, dispuestos a dar sus vidas por aquella fe que creían.

¿Y nosotros? También recibimos al Espíritu el día de la Confirmación. Y no se nos dio a nosotros menos fuego, menos Espíritu, que a los apóstoles el día de Pentecostés. San Juan lo dice: “Dios no da el Espíritu con tacañería”.

¿Qué hemos hecho entonces de nuestro Espíritu? Sí, amigos: es hora de que le digamos al mundo que nos sentimos felices y orgullosos de ser cristianos. Que nos avergüenza serlo tan mediocrementemente. Pero que sabemos que la fuerza de Dios es aún más grande que nuestra mediocridad. Y que, a pesar de todas nuestras estupideces, la Iglesia es magnífica, porque todos nuestros pecados manchan tan poco a la Iglesia como las manchas al sol. Y que, a pesar de todo, Cristo está en medio de nosotros como el sol, brillante, luminoso, feliz. Sí, ser cristiano es vivir siempre en primavera.

(B)

A los hombres se les reconoce y aún se les califica por el espíritu que les anima:

- El espíritu del poder anima al político, y sin él, posiblemente se quedaría tranquilamente en su casa. Al menos, eso es lo que pensamos los que no participamos de ese espíritu y apenas comprendemos cómo un hombre soporta la carga de ese poder que, para ellos, debe tener un atractivo especial.
- El espíritu de la competición anima al deportista y por él se entrena y se esfuerza. Subir al podium de los mejores es su gran meta y su gran recompensa.
- El espíritu del dinero y de la influencia puede animar al ejecutivo, al hombre de negocios que vive día a día y momento a momento la tensión de un trabajo a veces agotador.
- El espíritu de la vanidad puede animar a una “estrella” y estar siempre de actualidad y en primera fila le compensa de los sacrificios que tenga que hacer para conseguirlo.
- E incluso, hay hombres y mujeres a los que calificamos diciendo: “no tienen espíritu”. Son los apáticos, los indiferentes, aquellos a los que resulta difícil saber cuál es el impulso que los anima, porque más bien parecen “inanimados”.

Esto es así. De tal manera que, parafraseando algunos dichos al uso, al hombre se le reconoce perfectamente viendo el espíritu que le anima.

Al cristiano, también.

Si un hombre o una mujer:

- eligen siempre el último lugar pudiendo estar el primero por derecho propio...
- Es amigo de la verdad y procura ser siempre sincero...
- Si no hace distinción de personas, sonriendo a los ricos y tratando despectivamente a los pobres...
- Si cumple en su trabajo con responsabilidad y se alegra de que otros colaboren... para ir pasando él o ella a un segundo plano, sin sentirse molesto...
- Colabora, buscando el bien de todos y no está pendiente de elogios y felicitaciones...
- Si no duda en dar generosamente su tiempo y su dinero a los demás, para que sean un poco más felices.
- Si es capaz de dejar su casa, su porvenir y su dinero para que la entrega a los demás sea más completa y sin trabas de ningún género.
- Si ama al prójimo como a sí mismo.

Y si todo esto lo hace por Dios: estamos ante un cristiano o una cristiana al que anima el Espíritu Santo y al que se reconoce al primer golpe de vista.

Pero, sinceramente: ¿cuántos cristianos hay así? Quizá no muchos. Es posible que, en cuanto a espíritu cristiano se refiere, seamos legión, aquellos a los que se nos podía calificar como “hombres sin espíritu”, porque el espectáculo de nuestra vida espiritual es el de una vida apática, indiferente y vulgar. Vamos arrastrando pesadamente la carga de unos actos culturales a los que acudimos por “obligación” (¿Vale esta misa para mañana?, es una pregunta que se suele hacer...), y después de “cumplir”, apenas ya nos queda nada de “ESPÍRITU” –con mayúscula- en nuestra vida. Podría decirse que estamos en una etapa

semejante a la de los apóstoles en Pentecostés: miedosos, indiferentes, sin captar la gran misión para la que Cristo les había elegido a ellos y nos ha llamado a nosotros.

Por eso, la frase de Cristo: “Recibid el Espíritu Santo”, es, o debe ser, una urgencia en la trayectoria de nuestro cristianismo. Nos hace falta la confirmación de nuestra fe. Nos hace falta vivir del Espíritu y que su impulso imparable nos sacuda de esa modorra en la que vegetamos sin ser capaces de ofrecer al mundo el espectáculo de un hombre o una mujer o una comunidad que cree y porque cree vive de acuerdo con sus creencias. Hoy no puede ser un día más en el que celebramos ritualmente la “venida del Espíritu Santo”, cantamos su himno –que es precioso- y continuamos sin más, viviendo “sin espíritu”. Hoy debe ser un día pleno, trascendente, que deje huella y que nos impulse a llenar ese vacío que encontramos a nuestro alrededor y que muchos han llamado “crisis de espíritu” y que, para nosotros, es crisis de Espíritu de Cristo, es decir, de Espíritu Santo.

(C)

Resulta patente que la fe en el Espíritu está cubierta de cenizas, no llamea. Los Santos Padres lamentaban que fuera el “gran desconocido”.

No. No se trata de promover una devoción más a la tercera persona de la Trinidad., sino de una actitud en el modo de vivir la fe. Si no tenemos una fe viva en la presencia y la acción del Espíritu, nuestro cristianismo se reduce a voluntarismo, moralismo o minimalismo rastrero.

Si no cuento con la acción del Espíritu, si soy yo el que tengo que valerme para vivirlo según mis propias fuerzas, si tenemos que salir a la mar con nuestro botecito, sin motor y sin velas, sólo con remos, sentiremos miedo como los apóstoles y nos quedaremos muy cerca de la costa, seremos muy tímidos y apocados a la

hora de hacer nuestros compromisos. Nuestra vida humana y cristiana no tendrá entusiasmo ni alegría ni empuje. Pero, si creemos que llevamos dentro la fuerza divina del Espíritu de Jesús, seremos imparables. En la Ascensión recibimos la encomienda, en Pentecostés se nos dice a todos los discípulos: No temáis porque “seréis revestidos con la fuerza del Espíritu”.

Todos creemos que el Espíritu hizo maravillas en aquel puñado de pescadores; nadie duda de que los transformó de apocados en intrépidos. Pero la fe viva no consiste en eso solamente, sino en creer que aquellos milagros son paradigmas de los que el Espíritu puede y quiere realizar en los creyentes de todos los tiempos. Por ejemplo, Jesús nos pregunta como al paralítico: “¿Crees que puedo curarte, recrearte, hacerte nacer de nuevo mediante la acción del Espíritu? Tener fe es responder: “Sí, Señor, yo creo, pero aumenta mi fe”.

La verdadera fe en el Espíritu no consiste sólo en saber que existe, que procede del Padre y del Hijo y que fue derramado sobre el grupo apostólico, sino en creer que habita dentro de nosotros, en la familia, en la comunidad y en la parroquia, como fuente de energía, con la cual podemos ser hombres y mujeres nuevos, revestidos de coraje para dar testimonio en el mundo, como aquellos sencillos hombres y mujeres que convivieron con Jesús. Pero, para ello, se necesita una fe llameante. ¿No sabéis que sois templos del Espíritu Santo?.

La Iglesia ora en la liturgia de hoy: “Oh Dios... no dejes de realizar en el corazón de tus fieles aquellas maravillas que obraste en los comienzos de la predicación evangélica”. Dentro de nosotros habitan unas energías, unas potencialidades que ni soñamos. Sólo la fe en el Espíritu las libera.

¿Qué es lo que hace el Espíritu?

En un primer momento, congrega, unir; es Espíritu de comunión. Así nos lo presentan los escritos del Nuevo Testamento. La comunidad de Jerusalén es fruto de la acción del Espíritu que congrega en fraternidad por encima de diferencias

de raza, cultura y nación. Es el Espíritu el que hace que tengan “un solo corazón y una sola alma”.

Reunidos en comunidad, el Espíritu nos hace nacer de nuevo, como dice Jesús a Nicodemo, nos transforma en hombres y mujeres nuevos: generosos, alegres, libres, fuertes... hasta el punto de provocar el comentario: “¡Qué cambiado estás, pareces otro!”.

El Espíritu nos fortalece y enriquece con carismas para que, como los primeros discípulos, seamos testigos de Jesús en el mundo: “Recibiréis la fuerza del Espíritu para que seáis mis testigos”. Recibimos los dones del Espíritu no sólo para nosotros, sino para cumplir nuestra misión de ser sal, fermento y luz en el mundo, para que sembremos con generosidad las semillas del bien, para que construyamos el Reino.

Para que el Espíritu realice maravillas, repita sus milagros, es necesario:

Tener conciencia viva de su presencia dinámica en la interioridad de cada persona, de cada comunidad y de cada familia. Él es el manantial oculto, como le manifiesta Jesús a la Samaritana.

Dejarse llevar por sus impulsos de superación. Cuando a través del testimonio de otros cristianos, de experiencias fuertes, recibimos la llamada: ¿por qué no cambias? ¿por qué no das un paso adelante? ¿por qué no te liberas de la mediocridad? ¿por qué no te comprometes?, es el Espíritu que nos empuja desde dentro. No rechacéis las llamadas, “no apaguéis el Espíritu”.

Crear vivamente que puede y quiere hacer maravillas. No sólo ha hecho prodigios, “milagros”, en otros tiempos y en otros lugares, sino que los puede repetir en nosotros. El Espíritu es como el genio que un niño lleva dentro dormido y que es preciso despertar. Si creemos de verdad en la acción del Espíritu, si seguimos sus impulsos, hoy mismo será Pentecostés.

(D)

¡Qué cariño le tenemos a nuestro álbum! Aquella foto de nuestro bautismo, de nuestra primera comunión, de nuestra boda, despierta la emoción en nosotros. Es un trozo de nuestra vida la que queda allí para el recuerdo.

Una pareja llevaba diecisiete años de casados. Un día, mientras pasaban las hojas de su álbum, sonreían complacidos: «¡Qué felices éramos en aquel entonces!», dijo la mujer.

«Y lo volveremos a ser», contestó el marido.

Estaban pasando unos malos momentos ocasionados por uno de los hijos.

El álbum puede traernos el recuerdo de una felicidad que ya no existe o de un amor que se ha enfriado.

El corazón humano es una hoguera que da calor; es decir, da amor. Pero, si se enfría, sólo quedan cenizas.

Despedimos con lágrimas a aquel amigo que se trasladaba a otra ciudad. Nos prometimos seguir relacionándonos con frecuencia. Al principio, una carta o una llamada semanal; después pasó a ser mensual; después ha quedado en una tarjeta navideña o ni siquiera eso. Del fuego del amor fueron quedando cenizas.

Un joven que llevaba una vida frívola se vio al borde de la muerte; sabía que los días los tenía contados. Una enfermedad del pulmón hacía pensar que no había remedio. Entre sollozos y casi a gritos le decía al confesor que le visitaba con frecuencia: «Pídale a Dios que pueda vivir; cambiaré, seré mejor, me dedicaré a hacer el bien...». La verdad es que se fue recuperando. Durante unos meses parecía un joven totalmente cambiado. Al cabo de un año, era el mismísimo joven frívolo que había sido antes.

Del fuego del amor fueron quedando cenizas.

Hoy la primera lectura nos habla del Espíritu Santo, que es amor. El que tiene fe sabe ver al Espíritu Santo en la vida que ha puesto en sus criaturas: en el pájaro que canta, en el capullo de la rosa, en el cabritilla que salta, en los árboles cargados de fruto, en las mariposas que revolotean, en el bebé que cuelga del pecho de su

mamá; y en tantas y en tantas cosas; pero el Espíritu Santo está sobre todo en el gozo y la paz de los que aman a Jesús.

El gran psicólogo austríaco Viktor Frankl se encontraba en un campo de concentración de los nazis junto con miles de compañeros. Hay un momento de su larga prisión en que tiene la oportunidad de fugarse. Y efectivamente lo hace, aprovechando las sombras de la noche. Pero fuera ya..., recuerda cómo quedan sus compañeros de cárcel, cómo quedan desprotegidos y en peligro, y olvidándose de sí mismo vuelve al campo y sigue sirviendo en sus oficios de médico, de padre y casi de sacerdote. Viktor Frankl dice que fue entonces cuando sintió una paz y una alegría tan grandes como nunca había sentido.

Esa alegría y esa paz son fruto del Espíritu Santo y las sienten todos los que aman a Jesús sacrificándose por los demás. Las hemos visto reflejadas en el rostro de la madre Teresa de Calcuta, a pesar de que sus ojos veían tantas miserias.

Esa alegría y esa paz no las sienten los egoístas, los que sólo piensan en sí mismos, los que, si piensan en los demás, no es para sacrificarse por ellos, sino para aprovecharse de ellos.

Nos dice la primera lectura que el Espíritu Santo vino sobre los Apóstoles en forma de lenguas de fuego, para darnos a entender que el Espíritu divino dio calor a sus corazones para ir por el mundo y predicar a Jesús con la palabra y con su conducta de amor a los demás; amor a los demás que es la mejor manera de predicar a Jesús.

(E)

Constructores y jardineros

Paulo Coelho en su novela *Brida*, comienza haciendo una comparación entre constructores y jardineros. Y la verdad es que la idea me gustó.

El constructor planifica. Y ejecuta un plan que, posiblemente está diseñado por otro. Los cálculos están hechos por otro. El se dedica sencillamente a realizar lo que otros han trazado. Termina su obra y se desentiende de ella.

En cambio el jardinero, comienza por seleccionar las semillas o las plantas. Prepara el terreno. Las planta. Las riega. Les escarba las malas hierbas. Les ve crecer. De cuando en vez también es testigo de los estragos que hacen las tormentas o incluso ciertas pestes. Trata de sanar las heridas de las plantas. Y espera. Y luego ve cómo comienzan los primeros brotes. Las primeras flores. Las mira. Se recrea en ellas. Piensa cómo mejorar las semillas. Y hasta se atreve a ensayar la modificación de colores.

En la vida suele haber constructores y jardineros

Unos son constructores. Esos somos nosotros. No son dueños de sus propios proyectos de vida. Otros proyectan por él. El sencillamente obedece a quienes deciden lo que tiene que ser. Y llega un momento en que cree que ya se ha realizado. Cree que ya llegó al final de su obra y se detiene. Renuncia a crecer.

En cambio otros, se sienten jardineros de su propia vida. Es el Espíritu Santo actuando en ellos. Seleccionan bien las semillas que van sembrando en su corazón y en su mente. Siembran y plantan el jardín de su vida con aquellos valores y aquellas flores que más les gustan. El mismo las va cuidando. Sabe cuando las debe regar y cómo regarlas. Va creciendo y va siendo testigo gozoso de su propia identidad y de su propia misión. No obedece a maestros que desde fuera le imponen un estilo determinado. El se decide ser lo que él mismo quiere ser, por esa llamada que le hace el Espíritu Santo en él.

Nunca se siente terminado. Porque cada día el Espíritu nos va recreando. Actualiza el plan de Dios para cada momento de nuestra vida. El Espíritu Santo es el artista que siempre tiene un detalle que imprimir a nuestra vida. Por eso mismo, cada día sentimos que algo muere en nosotros y algo nuevo va naciendo.

Sabemos que nuestra obra de jardinería no terminará hasta su muerte.

Nuestra vida es obra de toda la vida. Hay flores que ya han dado su fruto se mueren. Pero nacen otras nuevas.

Nuestra vida es escucha constante. Es el esfuerzo. Es la contemplación de todos los días. Siempre encontramos alguna ramita que cortar y podar. Y siempre somos testigos de nuevos brotes, nuevas ilusiones, nuevas esperanzas. Cada día vivimos atentos a esas pestes de la mente y del corazón que pueden dañar el jardín de la vida.

Por eso los frutos del Espíritu en nosotros son: “amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, templanza”. “Contra tales cosas no hay ley alguna”. (Gál 5,22) La única ley es esa su presencia viva y actuante en nosotros.

Es bella la obra de los constructores.

Pero más bella es la obra de los jardineros.

¿Cuánto hay de constructor en mi vida?

¿Cuánto tengo de vocación de jardinero?

(F)

La Iglesia anda hoy preocupada por muchas cosas. Las gentes abandonan la práctica religiosa. Dios parece interesar cada vez menos. Las comunidades cristianas envejecen. Todo son problemas y dificultades. ¿Qué futuro nos espera? ¿Qué será de la fe en la sociedad de mañana?

Las reacciones son diversas. Hay quienes viven añorando con nostalgia aquellos tiempos en que la religión parecía tener respuesta segura para todo. Bastantes han caído en el pesimismo: es inútil echar remiendos, el cristianismo se desmorona. Otros buscan soluciones drásticas: hay que recuperar las seguridades fundamentales, fortalecer la

autoridad, defender la ortodoxia. Sólo una Iglesia disciplinada y fuerte podrá afrontar el futuro.

Pero, ¿dónde está la verdadera fuerza de los creyentes? ¿De dónde puede recibir la Iglesia vigor y aliento nuevo? En las primeras comunidades cristianas se puede observar un hecho esencial: los creyentes viven de una experiencia que ellos llaman “el Espíritu” y que no es otra cosa que la comunicación interior del mismo Dios. Él es el “dador de vida”. El principio vital. Sin el Espíritu, Dios se ausenta, Cristo queda lejos como un personaje del pasado, el evangelio se convierte en letra muerta, la Iglesia es pura organización. Sin el Espíritu, la esperanza es reemplazada por la charlatanería, la misión evangelizadora se reduce a propaganda, la liturgia se congela, la audacia de la fe desaparece. Sin el Espíritu, las puertas de la Iglesia se cierran, el horizonte del cristianismo se empequeñece, la comunión se resquebraja, el pueblo y la jerarquía se separan. Sin el Espíritu, la catequesis se hace adoctrinamiento, se produce un divorcio entre teología y espiritualidad, la vida cristiana se degrada en “moral de esclavos”. Sin el espíritu, la libertad se asfixia, surge la apatía o el fanatismo, la vida se apaga.

El mayor pecado de la Iglesia actual es la “mediocridad espiritual”. Nuestro mayor problema pastoral, el olvido del Espíritu. El pretender sustituir con la organización, el trabajo, la autoridad o la estrategia lo que sólo puede nacer de la fuerza del espíritu. No basta reconocerlo. Es necesario reaccionar y abrirnos a su acción.

Lo esencial hoy es hacer sitio al Espíritu. Sin Pentecostés no hay Iglesia. Sin Espíritu no hay evangelización. Sin la irrupción de Dios en nuestras vidas, no se crea nada nuevo, nada verdadero. Si no se deja recrear y reavivar por el Espíritu Santo de Dios, la Iglesia no podrá aportar nada esencial al anhelo del hombre de nuestros días.

P. Juan Jáuregui Castelo